

Dieter Richter

El Sur

Historia de un punto cardinal
Un recorrido cultural a través del arte,
la literatura y la religión

Traducción del alemán de
María Condor

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

El Sur

Prefacio 13

Norte, Sur, Este, Oeste

La mitología de los puntos cardinales 15

El Este: luz, salvación, misterio y barbarie – El Norte: frío y tinieblas –
El Oeste: el vacío, el más allá y la promisión – ¿Y el Sur?

Horizontes lejanos

El Sur en el mundo antiguo 33

Un descubrimiento que no lo fue. Un barco fenicio circunda el continente meridional – Una mirada al origen de las cosas. En busca de la dirección santa – Elogio de la centralidad. El pragmatismo romano – ¿Qué dimensiones tiene el mundo habitado? El debate sobre la ecúmene y el problema de los antípodas – Vientos buenos y malos. Los puntos cardinales como experiencia física – Lubricidad y cruce. El Sur de las transgresiones – Los pigmeos: «pequeños como un puño»

La maldición de Noé y el cálido viento de la gracia

El Sur cristiano 47

Los hijos del lúbrico Cam – El negro, el color del mal – Santos negros,

Madre de Dios negra – Astuto como una urraca. Feirefiz, el caballero blanco y negro del Santo Grial – Los moros y la Morería – Monstruos de los confines de la Tierra – *Meridies mystica*. El Sur espiritual – Reflejos macro-microtopográficos. La teología de los puntos cardinales en Hildegard von Bingen – El bestiario cristiano. Los animales del hemisferio sur

La génesis de las rutas mediterráneas

El Sur de los peregrinos

71

Todos somos peregrinos – A Jerusalén – La máxima distancia: al Sinaí – El punto más meridional – En sentido contrario: llevarse Jerusalén al Norte – A Roma, y de vuelta con Roma – El Camino de Santiago y el viaje al fin del mundo – *Finisterrae*

Por mares antes nunca navegados

El descubrimiento del Sur

99

El océano hirviente – La partida hacia el sur – El Paraíso se desplaza hacia el sur – Del Cabo de No al Cabo de Buena Esperanza – Los verdes Trópicos – El paso al este – El monstruo Adamástor – Personas que viven como bestias – Paisajes del deseo erótico – La isla del amor

Al servicio de los cuatro extremos de la Tierra

El Sur exótico

117

Cuatro ríos, cuatro partes del mundo. La Fuente del Margrave en Bayreuth – El simbolismo de los continentes y la escalinata de Tiépolo en Würzburg – El león y la palmera. Los símbolos meridionales en la iconografía del poder – Las naranjas y la promesa de la Edad de Oro – La diplomacia de los elefantes – El moro y sus obligaciones – Coleccionistas del Sur. Las piezas exóticas en los gabinetes de curiosidades

En busca de la *Terra Australis*

El Sur de los Mares del Sur

135

Incognita – El mito de Tahití. La libertad de la Edad de Oro – La huida al rincón más dichoso de la Tierra – El hombre en estado de naturaleza. Los Mares del Sur como utopía europea – Partes de Otaheite en Alemania

Los habitantes de las zonas frías y los de las zonas cálidas

El Sur de las mentalidades

145

El clima, los nervios, el carácter. Montesquieu y la «teoría de los climas» – En el calor de las pasiones. El voluptuoso Sur y los placeres de la indolencia – En el Sur viven personas hermosas. El idealismo antropológico de Winckelmann – Uno se siente distinto en el Sur. La romantización del clima – Una etnografía popular – El «hombre del Norte» y el «hombre del Sur». En el eje de la geografía mental

El viaje a Italia a través de los Alpes

El Sur de la nostalgia

161

La brújula del Grand Tour – Clima, viento y tiempo atmosférico – Pasmarse de frío en el Sur – Aires buenos y malos – Mirto y laurel. El espectáculo de la vegetación – Mala gente bajo un cielo benévolo – Religiones del sol y religiones de la oscuridad

La región de los placeres y los vicios

El Sur decadente

179

El amor entre hombres y el Sur de los cuerpos bellos – El legado decadente de la Antigüedad – Las colonias de la añoranza del Sur. Capri y la sombra de Tiberio – El Sur de los espíritus libres

Frío y tiniebla	
El Sur polar	193

Las secretas estrellas del Sur – *Towards the South Pole* – La poesía del hielo – Tierras, mares, costas. Nomenclaturas imaginarias – El 16 de enero de 1912. En el lugar más desolado de este mundo – Ya no hay Sur

El sueño de la felicidad y la carga de la historia	
El Sur ubicuo	203

¡Oh, soleado Sur! – Sur pobre, Norte rico – ¿Adiós a la idea de la relación de clima y cultura? – Temperaturas y temperamentos – Civilización y clima, o ¿ha ido el camino de la cultura de sur a norte? – El cambio climático ¿modifica también el carácter? – ¡Norte o Sur! ¿Con tal que...?

Notas	215
Fuentes	231
Bibliografía	241
Créditos fotográficos	249
Índice analítico	251

Prefacio

Estoy bien y contento, y sería enteramente feliz si el destino no me tuviera en suspenso entre el Norte y el Sur. Ahora bien, ¿no está en suspenso toda nuestra vida?

Goethe, carta a Philipp Seidel,

Roma, 8 de diciembre de 1787

Llamamos puntos cardinales a las cuatro partes del mundo. Pero el Norte, el Sur, el Este y el Oeste no son sólo cuatro puntos fijos abstractos en un círculo dividido en cuatro partes de 90 grados cada una. Son también construcciones espaciales del intelecto, indicadores en la rosa de los vientos de la civilización, coordenadas de una geografía mental. La aurora boreal y el anhelo del Sur, los personajes de las películas del Oeste y la *Ostpolitik*, Levante y Poniente: ya en el lenguaje cobran forma los emblemas de los puntos cardinales. Orientarse, literalmente mirar hacia Oriente, significa tratar de seguir con los ojos la trayectoria del sol, determinar en cuál de las cuatro partes del mundo estamos: la mañana, el mediodía, la tarde y la medianoche, como denominaban antiguamente a los cuatro puntos cardinales.

A uno de ellos se refiere este libro: el Sur. La historia de este punto cardinal es la historia del gradual descubrimiento de unos mundos extraños, tanto en los mapas geográficos como en los mapas del alma. En la imagen del mundo que tenía la Antigüedad, el planeta estaba formado por tres grandes masas de tierra agrupadas en torno al mar que está «en medio de las tierras». La situada al sur fue durante mucho tiempo *terra incognita*, región tenebrosa de un hemisferio hostil a la vida. Poco a poco, buscadores de Dios, aventureros y descubridores fueron abriendo caminos hacia esas tinieblas. Si la luz vino de Oriente, el calor vino del Sur. Allí estaban las plácidas islas de la belleza, la sensualidad y la vida en libertad. Y la antítesis Norte-Sur se convertirá durante siglos en una idea directriz de la historia de Europa.

Sin duda no es casual que este libro haya sido escrito por un alemán: a los alemanes siempre les ha gustado de forma especial dirigir la mirada hacia el sur. Esta perspectiva –la mirada de Centroeuropa hacia el otro lado de los Alpes– tiene cabida, por supuesto, en el libro. De cualquier modo, éste la traslada a un contexto histórico: su subtítulo es «Historia de un punto cardinal» porque, partiendo del área mediterránea antigua, se propone elucidar las distintas y contrapuestas maneras de percibir el Sur, y ver cuáles han determinado el desarrollo de las culturas europeas desde la Antigüedad. El punto de partida metódico es, pues, un concepto de historia cultural en el que se amalgaman los enfoques que aportan la historia de la religión, de la literatura y del arte, la etnología y la investigación histórica material.

Una historia cultural tan integral versa necesariamente sobre dos cosas diferentes: una topografía intelectual y otra real. El Sur es una idea, la llevamos en nosotros (cada uno nace «con su Sur», escribió una vez Jean Paul). Pero el Sur es también una realidad, podemos ponernos en camino hacia él. El Sur imaginario y el real están en una constante interacción, sueño y conquista son las dos caras de una misma moneda.

Sobre las dos hablaremos también en el libro: sobre la búsqueda del Sur, desde los antípodas, pasando por el continente africano, la *Terra Australis*, los Mares del Sur y el Polo Sur, hasta el soleado Sur de los folletos de viajes. Y sobre las visiones del Sur, las imágenes de espanto, placer y nostalgia que se asocian a él. Poner en relación una con otra fue la idea conductora de este libro.

Norte y Sur son hoy algo más poderoso que polos opuestos de las rosas de los vientos real e imaginaria. En los mapas, el Norte está arriba, el Sur abajo. Hablamos del extremo o «alto» Norte y del Sur «profundo». Nuestra orientación está dirigida hacia el norte, pero nuestro anhelo va hacia el sur. Hacia allí señala la aguja de la felicidad en la brújula. Y sólo hay un punto en la Tierra desde el que no se puede mirar hacia el sur: el Polo Sur.

Norte, Sur, Este, Oeste

La mitología de los puntos cardinales

El número cuatro determina desde tiempo inmemorial las nociones del mundo terrenal. La filosofía de la Antigüedad conocía cuatro elementos; la medicina antigua, cuatro humores; la antropología, cuatro edades de la vida; el cómputo del tiempo, cuatro estaciones; la meteorología, cuatro vientos. Ha perdurado la representación de los cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste. La orientación humana en el espacio parece corresponderse con esa noción. Miramos hacia delante, volvemos la cabeza hacia atrás y nuestros brazos nos señalan la idea de derecha e izquierda. Macrocosmos y microcosmos se corresponden todavía en esto.

Por evidente que sea esa noción, no resulta obligatoria. En el hinduismo y en el budismo se enumeran ocho o diez coordenadas de dirección; en ellos las ideas y los sentimientos no se difunden «a los cuatro vientos» sino «en las diez direcciones», y hay diez deidades que actúan como «guardianas de las direcciones»¹. Por el contrario, el pensamiento europeo es minimalista, bastan cuatro líneas del horizonte para determinar con exactitud un punto en el planeta. Ya los egipcios del Imperio Antiguo se ligaron al número cuatro: la mitología les asignó como dioses a los cuatro hijos de Horus, la construcción de las pirámides se orientaba de acuerdo con el eje norte-sur. «¡Yo os saludo, cuatro vientos del cielo!», dice un texto funerario egipcio muy conocido². Tal vez simultáneo a la observación de la trayectoria del sol en sentido este-oeste fue el temprano conocimiento de la inmóvil Estrella Polar, que en los pueblos del «Creciente Fértil» propició la noción de la «cuadratura» del mundo. Los judíos también la conocían; hablaban de los cuatro «confines» y «extremos» de la Tierra³. Sea como fuere, la idea de los cuatro puntos cardinales ha llegado a ser fundamental en la cultura europea. Y estas cuatro referencias se leen en el cielo: en todas las lenguas, la terminología de Norte, Sur, Este y Oeste se vincula con los fenómenos celestes, sobre todo las metáforas solares y astrales⁴.

Lo mismo que ocurre con «delante», «atrás», «derecha» e «izquierda», se asocian a los cuatro puntos cardinales, más allá de la mera orientación topográfica, unas nociones culturales y espirituales que se combinan dando lugar a una especie de mitología de los puntos cardinales. Ésta, partiendo de un centro de la Tierra imaginado en el Mediterráneo, tiene sus raíces en la Antigüedad, se propaga durante la Edad Media y en parte sigue viviendo hoy en ideas diversas.

El Este: luz, salvación, misterio y barbarie

Ex oriente lux, la luz viene de Oriente, «salida» o «levante» y «mañana» fueron antiguas denominaciones de dicho punto cardinal, y la salida del sol representaba también el comienzo de la vida. Para la mayoría de las culturas y lenguas antiguas, el punto cardinal por el que sale el sol es el más importante⁵, el Este está «delante», el Oeste «detrás»; así sucede en hebreo, árabe y sánscrito, y también nuestra palabra «Norte» se deriva según parece de una raíz que significa «izquierda». Así pues, la *orientación* se remite a *Oriente*. No fue hasta la difusión de la brújula en la Baja Edad Media cuando se impuso la orientación polar al Norte.

En el Este se halla el Paraíso, el Jardín del Edén, «plantado por Dios al Oriente», como cuenta el libro del Génesis en el segundo capítulo. Allí brotaron los cuatro ríos «para regar el jardín» y la *oikumene*, todo el mundo habitado. Pero el Paraíso se perdió por culpa humana; delante del hermoso jardín había querubines «con una espada de fuego» que vetaban el paso para siempre. La búsqueda de ese paraíso ha estimulado desde entonces las energías humanas. Ya Adán –así lo narra la medieval «leyenda del madero de la cruz»–, poco antes de morir, manda a su hijo Set a Oriente para que traiga del Paraíso terrenal una astilla del árbol de la vida: será la madera con la que, siglos más tarde, se hará la cruz de Cristo.

Porque la salvación viene de Oriente. Las tres grandes religiones monoteístas nacieron en las regiones desérticas de Oriente Medio, y a Oriente señalan, visto desde Europa, los altares de la mayoría de las iglesias cristianas, las sepulturas judías y la alquibla, la dirección en la que miran los musulmanes cuando rezan. Además, el cristianismo primitivo, a diferencia del judaísmo y del islam (que con Jerusalén y La Meca han fijado el *lugar* sagrado en la tierra),



El Preste Juan recibe a los embajadores de Gengis Khan. Ilustración del *Livre des merveilles du monde*, c. 1350 (detalle).

tomó de antiguas tradiciones precristianas la orientación del culto en la *dirección* sagrada: Cristo, dicen los Padres de la Iglesia, es él mismo el «sol de justicia» del que habían hablado los profetas, y aparecerá el Día del Juicio como «el relámpago que sale del Oriente» (Mateo 24, 27), donde le aguardan, mirando hacia Oriente, los difuntos en sus tumbas⁶.

En el Este paradisíaco se halla también la *fontana vitae*, la «fuente de la vida» que hace inmortal a aquel que bebe de ella. En la antigua *Novela de Alejandro*, las expediciones de conquista del héroe macedonio a la India tienen esta meta. Aunque Alejandro fracasa, la novela, popular en toda Europa, mantiene el recuerdo de aquélla y de las demás maravillas y misterios de Oriente, a los cuales ya se habían referido antiguos autores griegos, como Herodoto en las *Historias* (siglo V a. C.) o Ctesias de Cnido en su *Indica* (c. 400 a. C.), mezclando lo «real» y lo «fantástico» de una manera indisoluble. También en la tradición árabe estaba el Paraíso en el Este, también Oriente tenía su «Oriente»⁷. En el siglo XII llegaron del Este noti-

cias del espléndido reino del legendario «Preste Juan de las Indias»: fue una de las primeras ficciones etnológicas, y sin embargo inspiró por espacio de tres siglos la búsqueda de ese misterioso reino; se enviaron varias expediciones para localizarlo⁸. El Este fue durante medio milenio el gran punto de destino, extremadamente seductor; los viajes al Este conducían siempre a regiones de fabulosa abundancia envueltas en el misterio, y se hablaba, como en *Il milione* de Marco Polo, de las *meraviglie dal mondo*, las «maravillas del mundo».

«Nuestra tierra rebosa leche y miel»

De la carta del Preste Juan de las Indias al emperador Manuel de Bizancio (c. 1170)

Me sirven setenta y dos provincias, de las cuales sólo unas pocas son cristianas, y cada una de ellas está gobernada por un rey; todas nos pagan tributos. En nuestra tierra nacen y viven elefantes, dromedarios, camellos, hipopótamos, cocodrilos, panteras, onagros, leones blancos y rojos, osos blancos, mirlos blancos, cigarras mudas, grifos, tigres, vampiros, hienas, bueyes salvajes, arqueros, hombres salvajes, hombres con cuernos, faunos, sátiros y mujeres de la misma especie, pigmeos, cinocéfalos, gigantes cuya estatura llega a cuarenta codos, hombres con un solo ojo, cíclopes, y el ave que llaman Fénix, y animales de casi todas las especies que hay bajo el cielo. Nuestra tierra rebosa leche y miel. En este país no hay venenos que causen daño, ni croan ranas parlanchinas, ni existen escorpiones, ni se deslizan serpientes por la hierba. Los animales ponzoñosos no pueden vivir en este lugar ni hacer mal a nadie. Un río llamado Idon atraviesa las llanuras de una de nuestras provincias. Este río viene del Paraíso y ensancha su corriente por toda la provincia describiendo meandros. En ella se encuentran piedras preciosas, zafiros, carbunclos, topacios, crisolitas, ónices, berilos, amatistas, sardónices y muchas piedras preciosas. Crece allí una hierba que se llama ascidio y cuando uno lleva sobre sí sus raíces, se libera del espíritu impuro y le obliga a decir quién es y de dónde viene y cuál es su nombre. Por eso los espíritus impuros no se atreven a acometer a nadie en esta tierra.

Ulrich Knefelkamp, Die Suche nach dem Reich des Priesterkönigs Johannes, Gelsenkirchen 1986, págs. 180-181.

Pero también lo que en Europa era la quintaesencia de la vida maravillosa vino del Este: por la ruta comercial, conocida desde la Antigüedad, que desde China, pasando por la India, Persia y los países de Oriente Medio conducía al mundo latino. Ya en época romana llegaron de ese modo a Occidente sedas, especias, medicinas, cosméticos, perfumes y costosas piedras⁹; siguieron en la Edad Media, por mediación araboislámica, innovaciones tecnológicas como la brújula, el papel, la cerámica o el arte del aterrazado, además de innovaciones matemáticas como el uso de la cifra cero, la introducción de productos gastronómicos exóticos como el azúcar o los sorbetes y la difusión de «frutos orientales» como el limón, la naranja, la cereza, el albaricoque y la berenjena¹⁰. En la conciencia de los europeos, Oriente era el punto cardinal del lujo y de la vida confortable. En la jardinería, que se extiende en sentido este-oeste (desde el jardín palaciego helenístico, pasando por las villas romanas, hasta la arquitectura de jardines del Renacimiento y el Barroco), sigue vivo el recuerdo del *paradeisos*, el jardín del Paraíso de Oriente.

Del Este vinieron, en fin, la embriaguez, los éxtasis y la amenaza de lo irracional. De este a oeste avanzó el cortejo triunfal de Dioniso montado en la pantera, con sus ebrios acompañantes, los sátiros lascivos y las ménades frenéticas. Este conflicto cultural halló su forma literaria clásica en las *Bacantes* de Eurípides (c. 400 a. C.): ante las puertas de Tebas, la polis griega ordenada y fundada en la razón y el culto a los dioses, aparece, «precipitándose desde la tierra de Asia, dejando el sagrado Tmolo»¹¹, un nuevo «dios turbulento» que exige veneración. El rey, con razón, rechaza esta pretensión sin fundamento, pero Dioniso resulta vencedor. Ofusca a los hombres, aparta a las mujeres de sus tareas domésticas, destruye los lazos sociales, desquicia el orden del Estado.

De forma menos violenta, pero que no moviliza menos las fuerzas de lo irracional, Dioniso se presenta, seduciendo con los oscuros secretos de la experiencia de la iniciación, como el dios de los misterios: es uno de los numerosos cultos místéricos de la Antigüedad que llegaron al mundo latino desde Oriente, como los de Isis, Orfeo o Mitra¹². Con la expansión del Imperio romano a Oriente, en especial con la conquista de Egipto por César, se extendió la fascinación de estos cultos encaminados a la salvación individual y a la bienaventuranza celestial y fue desplazando poco a poco lo que Oriente asimismo representa para las antiguas culturas griegas de la polis: la idea de la barbarie.

Para los griegos, los pueblos de Oriente eran ante todo *barbaroi*, los que «hablan rudamente», que ni siquiera sabían hablar como es debido, desprovistos de toda civilización, incultos, salvajes y crueles. También la posterior cultura cosmopolita del Imperio romano se definía por el trazado de una frontera que lo separaba de la *barbaria*, la «barbarie» que se halla al otro lado de la frontera oriental del Imperio¹³. Oriente representa siempre, también, la amenaza de lo extraño contra lo propio, de la barbarie contra la civilización, del caos contra el orden, de la falta de libertad contra la libertad. Desde las Guerras Médicas (500-478 a. C.) es éste el modelo de percepción de un conflicto periódico cuyas etapas victoriosas llevan en los libros de Historia los nombres de Maratón (490 a. C.) y Salamina (480 a. C.), y más tarde la batalla de los Campos Cataláunicos (451), la de Lechfeld (955) o la de Kahlenberg (1683). Desde la irrupción de los hunos bajo el mando de Atila en el Imperio romano, los pueblos de jinetes de Asia central son denominados en Europa «tártaros», en griego *tartaroi*: habitantes del Tártaro, el infierno. Demonios, pues, venidos de la infinita vastedad de un continente que se extendía más allá de las fronteras de nuestra imaginación. No sólo el Paraíso, también el infierno estaba en el Este.

La propaganda nazi pudo enlazar con esta imagen ambigua del Este: por una parte se cernía desde dicho punto cardinal la amenaza del «asalto de las estepas» (como dijo Goebbels en su «discurso del Palacio de los Deportes»); por otro estaba la atracción del «espacio vital en el Este», la fantasmagoría de la «colonización del Este». «Hacia el Este queremos cabalgar/ Hacia el Este va nuestra carrera...»¹⁴. Así se dice en los libros de canciones de los soldados.

Después de la II Guerra Mundial reviven de nuevo los geoestereotipos relativos al «conflicto Oriente-Occidente». El Muro de Berlín, desde el punto de vista del Este un muro de protección antifascista contra el «Occidente capitalista», marcó en sentido contrario la frontera con lo que desde la percepción occidental se había consolidado como «bloque del Este». Este y Oeste se convirtieron en «puntos cardinales políticos»¹⁵. De acuerdo con esta ideo-geografía, Varsovia y Praga se hallaban en el «Este»; por el contrario, Viena –situada dos grados de longitud más a Oriente que la segunda– formaba parte de Occidente.